

Desmontando rituales en la época de la covid

ARIADNA MENGOD

En nuestro primer verano juntos con la covid –verano del 2020– Byung-Chul Han publicó un librito muy interesante *La desaparición de los rituales* que según Han “trazan el contorno de nuestra sociedad”¹. Nuestra comunidad humana se ha sentido profundamente afectada en gran parte de las metáforas que la construyen y que dan sentido a nuestra vida. Las técnicas sociales que nos hacen sentir que tenemos un mundo compartido, el mundo de las formas con el que relacionarnos, quedaron sensiblemente mermadas.

La comunidad no pudo realizar sus festejos, no pudo celebrar el tiempo cíclico de la vida, y de la muerte. La discontinuidad del tiempo viene marcada por esas fiestas, por ejemplo, las que marcan las décadas de nuestros aniversarios, por esos viajes que organizamos junto a la familia, a los amigos, por esas canciones que compartimos, todos esos vinos con los que brindamos, por esos encuentros, por esas despedidas: ritos de iniciación de la vida y de la muerte, que nos ordenan y que en todo este tiempo juntos de covid, han quedado suprimidos de nuestra comunidad humana, desestabilizando el sentido de todos estos rituales con los que nos relacionábamos; hemos desmontado, sin apenas percibirlo, los ritos que nos recuerdan, pasando por el corazón –por el *cor*– en su sentido etimológico, los rituales, como aquello que sigue el hilo para que todo siga así, de la misma manera, que sigamos siendo parte de una comunidad.

¿La muerte? Experimentada en la más pura soledad, y quizá siempre sea así –como dice Pascal en uno de sus *Pensamientos*, “en el amor y en la muerte siempre estamos solos”–. Pero nuestros familiares no han podido despedirse de sus muertos, no han podido realizar ninguno de los rituales de despedida, ni sagrados ni laicos. ¿Los cadáveres? Amontonados en la morgue de los hospitales, para finalmente, ser enterrados por instituciones oficiales, sin ser reclamados por nadie². “En el rito funerario, el auténtico sujeto del duelo es la comunidad”³. Algo se ha perdido en lo que une a los

humanos, nuestra presencia en el último paseo hasta el campo santo. En las zonas rurales, la asistencia a los entierros, el acompañamiento al lugar de los muertos, era señal de ser una persona virtuosa. Lo vivido juntos en la covid respecto a la muerte no es nada nuevo; hace tiempo que la muerte molesta a la comunidad. Se la ha sacado fuera de las casas, de las vidas; nadie quiere saber nada sobre la muerte. Existen tanatorios en todas las zonas rurales; los cadáveres ya se han echado fuera de la comunidad, molestan, huelen. Un mundo tan aromatizado no puede tolerar el mal olor. Hay, incluso, cierta repugnancia hacia los rituales sagrados; se dice que el muerto era ateo, muy ateo, y se justifican las faltas de actos de despedida con un “no quería hacer nada para su muerte”. Uno nunca puede hacer nada en su muerte, pero existe el respeto absoluto por las últimas voluntades. No hacer nada requiere hacer mucho, exige otros programas de despedidas, que muchas veces se pierden en el tiempo sin llegar a buen fin. También es cierto que la demanda de empatía actual obedece a motivos económicos. Como dice Han, “la gestión emocional resulta aquí ser más eficaz que la gestión racional”⁴

Dice Han que “la desaparición de los símbolos remite a la progresiva atomización de la sociedad”⁵. Tiene razón. Hemos visto cómo en este tiempo las personas se han ido encerrando en sus pequeñas islas, buscando satisfacciones substitutorias, visionado de series, de programas televisivos; nos hemos hechos socios de Filmin, de Netflix, fans de las conexiones vía Zoom, Meet, las videollamadas... Hemos hecho lo que Han llama un “visionado bulímico”⁶.

Perdiendo nuestros rituales, perdemos, quizá, la historia moral de nuestra comunidad. Ese *ethos*, ese carácter que tiene cada comunidad y que le otorga estilo de vida. La pérdida de algunos rituales como el cuidado y el acompañamiento en la muerte, las celebraciones, la hospitalidad, que son virtudes fundantes de muchas comunidades, están en peligro de extinción.

¿Cómo no recordar las últimas palabras con las que Gabriel Conroy finaliza *Los muertos* de Joyce?, un canto al amor y a la amistad, a los rituales de una comunidad, la irlandesa, cuando con lágrimas en sus ojos, “su alma se había acercado a esa región donde moran las huestes de los muertos [...] su alma caía lenta en la duermevela al oír caer la nieve leve

sobre el universo caer leve la nieve, como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y sobre los muertos”⁷.

Notas

1. Han, Byung-Chul: *La desaparición de los rituales*, Barcelona, Herder 2020, p. 9.

2. En el siguiente enlace pueden escuchar un *podcast* sobre el tema: *El cadáver olvidado*:

https://cadenaser.com/programa/2021/03/28/a_vivir_que_son_dos_dias/1616918344_405459.html

3. *Ibid.*, p. 24.

4. *Ibid.*, p. 25.

5. *Ibid.*, p. 17.

6. *Ibid.*, p. 18.